

¿Cómo se habla de un amigo?

Beatriz Sarlo



No puedo llamarlo Héctor Schmucler. Como no puedo llamar José a Pancho Aricó. Para mí, Toto Schmucler es Toto a secas y solo en caso de que un interlocutor lejano o extranjero me mire interrogativamente, doy su nombre completo. No recuerdo a nadie que lo llamara Héctor.

Las formas del nombre que se usen en cada caso marcanlejanía o proximidad. Toto es un sobrenombre vulgar, hoy pasado de moda. Suena barrial, con los ecos de comunidad pequeña y poco prestigiosa. Es fácil para gritar, si se quiere usar el vocativo: ¡Toto!, ¡che Toto!, lo cual da un castellano completamente genuino, a diferencia de un grito como ¡Yónatan, che Yónatan! (que es de los nombres que hoy reemplazan a

los arcaicos Héctor y José). Toto, la repetición de una sílaba idéntica no tiene un bello timbre, sino que retumba, con la entonación baja con que acostumbramos a pronunciar la «o». Casi parece ironía que, a un intelectual bilingüe, que estudió en Córdoba y en la *École Pratique des Hautes Études*, se lo llame Toto. Tal fue su recorrido académico: de la primera universidad fundada en Argentina a París, sede europea de todos los mitologías y los prestigios.

El sobrenombre nos pone cómodos de inmediato. Excluye la distancia, y fue tan común en el pasado, que quien lo lleve forma parte de una tropa de viejos amigos, primos o vecinos: el Toto. Un sobrenombre fácil, sin el riesgo de que alguien pronuncie mal Héctor, haciendo caer la «c» y convirtiendo el nombre del héroe homérico en su versión popular. Nadie, en cambio, puede equivocarse cuando diga «Toto». Y decir «el Toto» (con el artículo que se juzga signo de lenguaje vulgar) suena perfectamente apropiado a la familiaridad del sobrenombre. En realidad, siempre decíamos «el Toto», afirmando una intimidad que solo se practica con amigos. El sobrenombre acorta camino.

«Toto Schmucler» tiene además otras ventajas: mezcla el apelativo en castellano con un apellido judío. Es el compuesto ideal, sonoro y gráfico, de la integración pacífica de los judíos en Argentina, aunque bien sabemos que hubo capítulos que transcurrieron muy lejos de ese *melting pot* tranquilo, embellecido en la autoimagen retrospectiva de las elites liberales. Pero, pese a una historia que tuvo muchas sacudidas, la integración representa bien a Toto en lo que hizo: fundar revistas con gente diferente y en países distintos como Chile y Argentina, sin temerle a los conflictos, confiado en su capacidad para resolverlos; armar cátedras novedosas de semántica y comunicación en varias universidades y reclutar los equipos que enseñaran esas nuevas disciplinas. Organizar seminarios y posgrados. Repartir sus saberes con mano suelta, sin reservarse nunca el secreto de una bibliografía que otros desconocieran, con el fin mezquino de mantener un lugar adquirido. Por eso, Schmucler como Toto, o Toto como Héctor Schmucler, fue una figura decisiva en las investigaciones de nuevo tipo y nuevos objetos. Estuvo entre los primeros que definieron el campo de «comunicación y cultura», nombre de la revista que dirigió con Armand Mattelart.

El Toto lograba esto porque, desde su nombre, despertaba la serenidad y la confianza que, en verdad, no eran un destino de la nomenclatura sino rasgos de un temperamento. Usaré la palabra que le cuadra: bonhomía. ¿Cómo competir y pelearse en un espacio que él

dirigiera? ¿Cómo pasar por alto su carácter pacífico hasta la conciliación? ¿Cómo ser pedante ante alguien que se distinguía por su trato llano? Habría sonado inverosímil que un estudiante o un miembro de la universidad de Córdoba o de Buenos Aires se dirigiera a él como don Héctor o como doctor Schmucler. No digo que tal cosa no haya sucedido. Digo simplemente que esos vocativos no combinaban bien con su estilo, que invitaba al tuteo, sin practicar el populismo de quien olvida (porque prefiere no pensar en ello) que los interlocutores son distintos por muchas razones: la edad, el privilegio económico, las posiciones institucionales, los libros leídos. Pero, mucho antes de sus grandes textos sobre derechos humanos, estaba convencido de la igualdad sobre las diferencias.

Por eso, solo puedo recordarlo como Toto. O, a lo sumo, como Toto Schmucler para los que no pertenezcan a la variada, contradictoria y colorida tribu de sus amigos. Si en alguien se cumplía el apotegma *nomen est omen* era en Toto: proximidad de grupo y herencia que es típicamente argentina, es decir, migratoria. Y, me permito dar un detalle que vale para él y también para Pancho Aricó, su amigo desde la lejana juventud cordobesa, su amigo en Buenos Aires, su amigo en exilio: Toto hablaba «en cordobés», con un acento menos marcado que el de Aricó, pero que no había perdido o, si se quiere, había elegido conservar en París, en Buenos Aires y en México, para regresar con ese acento a la Argentina, después del exilio. El acento es lo último que se pierde de una lengua; y se sabe que los cordobeses suelen ser persistentes, sobre todo en el caso de intelectuales, seguros de ellos mismos frente a cualquier intento de disminuir sus pergaminos regionales.

Conocer al amigo. *Los Libros*

En la foto de su cumpleaños ochenta, Toto me toma del hombro y los dos sonreímos. Su pelo canoso sigue pareciendo rubión, y cae con los rulos abiertos que siempre usó. La luz del mediodía cordobés es tan intensa como la camaradería que unió a todo el mundo en esa celebración. Es julio de 2011. Varias decenas de amigos hemos comido asado y seguimos hablando, entusiasmados, toda la tarde. Al anochecer, fuimos con Toto a tomar mate a su casa. Rafael Filippelli, Cristian Ferrer, yo y algunos otros que viajaron desde Buenos Aires. Cada uno comenzó su amistad con Toto en momentos diferentes: Cristian, el más joven, cuando

regresó del exilio. Filippelli cuando los dos vivían en ciudad de México. Yo, a fin de 1969 o comienzo de 1970.

Aquella tarde, abrí la puerta de la oficina de *Los Libros*, sobre la calle Tucumán, entre Uruguay y Paraná, convencida de que debía escribir una nota contra la revista *Nueva Crítica*, que acababa de aparecer financiada por el ILARI, organismo internacional ligado al aparato cultural norteamericano, que, en París, también había sostenido la revista *Mundo Nuevo*, dirigida por Emir Rodríguez Monegal (el archienemigo de Ángel Rama). Detrás de esa revista estaba el entonces famoso Congreso por la Libertad de la Cultura, que los antimperialistas aborrecíamos como brazo directo de la CIA. Y también se sospechaba de la Fundación Ford. El cebo en dólares de la penetración imperialista para subordinar a intelectuales latinoamericanos.¹

Toto no pareció entusiasmado con mi propuesta de que la revista *Los Libros* publicara esa denuncia, que repetía en pequeña escala, ínfima para decirlo en su justa medida, el escandalete de *Mundo Nuevo*. Compararlo con la revista argentina que yo agitaba ante los ojos de Toto era magnificarla. Pero no figuraba entre las costumbres de *Los Libros* frenar a una posible colaboradora. Toto, que practicaba una política transgeneracional, estaba convencido de que en su revista debíamos estar todos. Y en efecto, estuvimos muchos y tan diferentes como Germán García y Juan Carlos Torre; Nicolás Rosa, Eliseo Verón, Oscar del Barco y José Szabón; Raúl Sciarreta y Oscar Terán, Juan Carlos Portantiero y Masotta, Jorge Rivera y Horacio Cifardini, Noé Jitrik y Juan Carlos Tedesco. La lista es muy larga, pero la revista tiene su edición facsimilar.²

Con esa notita bastante insignificante, me convertí en colaboradora de *Los Libros* y, más tarde, en miembro del Consejo de Edición que finalmente iba a expulsar a Schmucler de la revista que él había fundado y sostenido intelectualmente durante cinco años. Lo expulsamos, en 1973, por razones políticas y ni siquiera le dimos la oportunidad de que publicara una carta de despedida a los lectores. Una vileza, que en esos años revolucionarios se consideró una victoria de los partidos marxistas prochinos en los que militábamos.³

¹ La frase parecería hoy una antigüedad a la mayoría de los graduados que necesiten dinero para financiar un proyecto.

² *Los Libros*. Buenos Aires, Argentina: Biblioteca Nacional, 2011.

³ Los ejecutores de la expulsión fuimos Carlos Altamirano, Ricardo Piglia y yo. Me excuso por complicar a vivos y muertos, pero ya lo he escrito otras veces, de modo que sería una ingenuidad ocultarlo o una indebida protección de mala fe.

Seguimos con *Los Libros* hasta que lapolicíacerró la revista en 1976. Por suerte ninguno de nosotros estaba en la oficina de la calle Tucumán, de donde habíamos expulsado a Schmucler, de modo que nos salvamos. La historia es ridícula y vergonzosa. *Los Libroshabía* sido una idea de Toto: hacer en Argentina algo como la *Quinzaine Littéraire*. Y élhabía convencido a Guillermo Schavelzon, editor y librero, para que financiara el proyecto. Toto había construido con diversas familias ideológicas y políticas el Consejo de Edición. Y allí convivimos la psicoanalista Miriam Chorne, GermánGarcía, Ricardo Piglia, Carlos Altamirano, y, meses después, yo. Casi no lo conocía a Toto y creo que mi incorporación a la dirección de la revista tuvo que ver con la creciente simpatía con que el grupo de *Pasado y Presente* comenzaba a mirar el peronismo, del que, ironías de la biografía y la historia, yome estaba separando después de vivir un año en Trelew. Esos cruces eran frecuentes: peronistas desencantadas, por una parte, y marxistas críticos por la otra que se encontraban, se saludaban y seguían camino en direcciones exactamente opuestas. A veces sin avisarse unos a otros. Toto se acercaba al peronismo revolucionario y yo al marxismo chino.

Contra los catecismos

Lo narrado da un clima de época, cuyos protagonistas sabíamos siempre menos de lo que creíamos saber. Yo sabía menos estructuralismo y crítica francesa que Toto (que había sido estudiantede Roland Barthes). Y, por supuesto, me separaban varias leguas del marxismo que conocía Pancho Aricó, gran amigo de Toto, desde los años de *Pasado y Presente*. Tanto uno como el otro eran generosos con los más jóvenes e ignorantes. Tenían paciencia para soportar pedidos insistentes, talante democrático para escuchar críticas, y la creencia optimista de que, para todos, el tiempo corría a favor y lo mejor estaba por llegar. Creo que tenían demasiada confianza en mis errores, que a veces se convertían en desplantes, como cuando rechacé traducir un libro de Bourdieu y Passeron que Aricó quería publicar en Siglo XXI, con el argumento de que las cosas andaban demasiado rápido como para sentarme a traducir doscientas páginas. Y esa burrada se la contesté al gran traductor de Gramsci, que evitó darme una lección de modestia.

Escribiendo para *Los Libros*, Toto me sugería alguna moderación en mi amor por la teoría francesa. En una nota, sin ningún propósito

teórico sino para lucirme, me refería algo que creí ver en *El incendio y las vísperas* de Beatriz Guido usando el concepto (novedoso entonces) de «ideologema», que seguramente no habría podido definir con precisión. La sensatez editorial hizo que Toto me sugiriera prescindir de esa palabra recién llegada. Con sincera convicción, sostuve mi derecho a utilizar el léxico que acababa de aprender. Mi inclinación un poco obnubilada por la teoría francesa (la intertextualidad se imponía como concepto magno), me separaba también de las preocupaciones de Toto en ese momento. Había estudiado en Francia, como se sabe, y luego, tempranamente, viró su interés hacia las formas populares y mediáticas de la cultura. Prologó el libro de Ariel Dorfman y Armand Mattelart sobre el Pato Donald, que los afrancesados, recibidos en cursos por correspondencia leídos en *Tél Quel*, no considerábamos gran cosa.

En su interés por las formas mediatizadas de la cultura y por la dimensión popular de lo mediático, Toto se adelantaba a alguien como yo, que seguía dando una batalla más tradicional, pero con léxico *à la page*. Mucho después, nos encontramos en este campo de análisis de objetos culturales populares. Como se sabe, Toto dirigió investigaciones, abrió vocaciones, difundió métodos y teorías, y les proporcionó los espacios institucionales para desarrollarse.

Seguía un impulsodemocrático que provenía de su temperamento y no solo de su formación y sus lecturas. Era antidogmático y pluralista (en una época donde ambas cualidades escaseaban) y evitaba las discusiones teóricas enconadas porque le parecía que las ensombrecía un catecismo doctrinario. Se interesaba por nuevos objetos de investigación, pero no creía que tal interés jubilara automáticamente a otros textos o imágenes.

De todas formas, por encima de los temperamentos más negociadores, el ambiente estaba electrizado y la política de izquierda contribuía a los enfrentamientos que empezaban con la teoría, seguían con las tácticas y terminaban en las peleas y las expulsiones. Los conflictos eran más importantes que la amistad de quienes quedaban atrapados en dos trincheras diferentes (como se decía, adoptando la moda de los símiles militares). Era una época que Toto va a cuestionar de manera ejemplar, durante sus exilio.

Por eso, lo sacamos a Toto de la revista que él había fundado y, sin el menor remordimiento, sin la menor conciencia de la inmoralidad del acto, nos quedamos con ella. La única moral que conocíamos era la lógica política. Años después, cuando lo volví a encontrar a Toto en México le

pregunté avergonzada si podía disculpar y olvidar esa maniobra artera. Se rió. Yo insistí: «¿Toto, serás capaz de perdonarme?» Volvió a reír y dio por concluido para siempre el episodio.

Toto era excepcional en términos morales. Sobre este punto quisiera detenerme. Todos pensábamos que la política estaba en el puesto de mando y que una victoria política (quedarse con una revista ajena, por ejemplo) era la razón última de las maniobras tácticas que conducían al éxito de lo planeado. No habíamos leído a Schmitt o sea que no puede responsabilizárselo, pero para nosotros la política funcionaba como la teología de una concepción más rústica que explicábamos a los militantes de base. En ese clima de ideas, las objeciones morales eran debilidades ideológicas pequeño burguesas, porque toda dimensión debía subordinarse a la última ratio, que era siempre política. Esta *forma mentis*, con todas las diferencias tácticas, era también la de la guerrilla. La política en el puesto de mando. Toto, como se verá más adelante, en el exilio criticó esa *forma mentis*, a fin de encarar su revisión de los años inmediatamente anteriores.

Después de 1976

Gran parte de la tarea intelectual que lo ocupó Toto después del golpe de 1976 fue la reflexión sobre el dogmatismo y la violencia política. Su tópico era la memoria de aquel periodo, pero no solo como teoría de las posibilidades de recordar y de producir un discurso sobre el pasado, sino como un largo y duro autoexamen que no consistía simplemente en una exhortación colectiva a revisar esos años inmediatos, sino implicarse él mismo en la ética de esa revisión dolorosa.⁴

En la revista *Controversia*, publicada por los exiliados argentinos en México, se escribió el denso primer capítulo de esa revisión que Toto realizó con sus amigos. Tengo el original del primer número: tapa blanca, con un plano rectangular marrón dentro del cual, en blanco, un Quijote de Roberto Páez se alza electrizado y solo. El artículo de Toto que abre ese primer número lleva como título «Actualidad de los derechos humanos».

⁴ Una ordenada presentación de las intervenciones de Schmucler sobre este tema puede encontrarse en: Vázquez Villanueva, G. *Solo decir la verdad: memoria, responsabilidad y el esplendor del otro: los discursos sobre no matar de Oscar del Barco y Héctor Schmucler*. Buenos Aires, Argentina: Editorial de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, 2017.

El título no sorprende. Es valiente no porque la dictadura pudiera castigar al exiliado, sino porque sus propios compañeros de exilio leerían ese texto inaugural como un pensamiento nuevo y desafiante sobre la violencia de los años anteriores. La nota comienza afirmando la centralidad de los derechos humanos en cualquier proyecto que aspire al nombre de democrático. Continúa criticando las violaciones en los países llamados socialistas y condena, expresamente, que «el ejército soviético avale al ejército represor de la Argentina, aunque lo haga en nombre del Partido Comunista, la clase obrera y la lucha contra el nazismo». No pasa por alto que oficiales de ese Ejército Rojo fueron condecorados por Videla. No olvida los campos psiquiátricos de reclusión en la URSS. Ese «socialismo», escribe, «gira alrededor de falacias» y «niega los derechos humanos reivindicados en las sociedades capitalistas».

Hoy, salvo entre nostálgicos, olvidadizos o pro cubanos, habría acuerdo. Pero en aquellos años, el debate sobre la naturaleza del llamado «socialismo real» continuaba, incluso después de las invasiones rusas a Checoslovaquia y Polonia. Ya estaba en marcha la crítica a ese «socialismo» soviético, que había comenzado cuando Schmucler y sus amigos todavía publicaban y se pronunciaban en suelo argentino. Todo formaba parte de una argumentación sobre la centralidad de los derechos humanos, que todavía tenía que definirse por completo. Y esto es lo que encaró Toto en su nota del primer número de *Controversia*.

Es un artículo inaugural y de gran audacia si se recuerda que fue publicado en 1979. Su argumento más corajudo todavía agita las aguas tres o cuatro décadas después: «No es necesario inflar las cifras para señalar el horror. Seguramente no es verdad que existan 30.000 desaparecidos en la Argentina, pero seis o siete mil es una cifra pavorosa». Dicho en 1979 esto sonaba como una traición aritmética, y así siguió sonando muchos años más tarde, cuando no solo la existencia sino el número de desaparecidos se convirtió en un símbolo de lo «demasiado, más de lo humanamente tolerable». Y se creyó que era necesario imponer una cifra sagrada.

Pero, ya en 1979, Schmucler estaba convencido de que el carácter inaceptable de las desapariciones no dependía de agregar o sustraer algunos miles a la cuenta. Su defensa de la integridad de los cuerpos y del derecho de quienes los buscaban a honrar a sus muertos no dependía del número sino de actos que, sean cuales sean las cifras, habían cruzado un límite no meramente cuantitativo. Los represores quisieron anular la humanidad física y moral de sus víctimas. Perseguían no solo su muerte,

sino la supresión de cualquier rastro humano, cualquier sentimiento y cualquier huella en la subjetividad.

El argumento es impecable. Después de exponerlo, Schmucler dio un paso aún más audaz:

«Lamentablemente, la guerrilla ha pasado a confundir su imagen con la del propio gobierno en la medida en que ha cultivado la muerte con la misma mentalidad que el fascismo privilegia la fuerza. En nombre de la lucha contra la opresión, ha edificado estructuras del terror y de culto a la violencia ciega. Ha reemplazado la voluntad de las masas por la verdad de un grupo iluminado. Nada de esto la coloca en posición favorable para reivindicar los derechos humanos»

El argumento evalúa a la guerrilla y a la dictadura según los mismos principios éticos. Todavía hoy, esta equiparación es anatema para muchas organizaciones políticas y de derechos humanos.

Tengo el ejemplar original de ese primer número de *Controversia*. Llegó a la casilla de correo que usaba la revista *Punto de Vista*, dentro de un rollo envuelto en otras revistas menos sospechosas, enviado por Manuel Gestal, un libero argentino que también se había radicado en México. Gestal fue quien me detuvo, tres años antes, en la esquina de Uruguay y Tucumán para avisarme que fuerzas de seguridad habían allanado la oficina de *Los Libros*. Recuerdo que alisé el ejemplar de *Controversia* sobre el banco de madera del subterráneo A y comencé a leerlo durante el viaje. Era noviembre de 1979. Me emocioné al comprobar que algunos, en Argentina, no estábamos solos.

La coincidencia con las ideas expuestas por Toto fue inmediata. Nosotros, acá, también pensábamos que esa condena a la violencia ciega de las organizaciones armadas era indispensable.⁵ Y que la realizara el padre de un desaparecido le daba mayor densidad subjetiva: era otra forma del dolor. La posición de Toto nos iba a caracterizar en nuestra denuncia a la dictadura: los represores eran demoníacos, pero nosotros nos habíamos equivocado. Nuestra equivocación no justificaba el asesinato de militantes. Pero era indispensable reconocerla, para salir de un pozo de duelo imprescindible, pero donde no debíamos hundirnos si queríamos realizar, sin obstáculos, una crítica de las izquierdas.

⁵ Quizá convenga aclarar que este «nosotros» es un plural que designa a los que hicieron, desde 1978, la revista *Punto de Vista*, a quienes, demás está decir, no intento representar en absolutamente nada de lo dicho en este texto.

Toto, en ese mismo artículo, había puesto entre comillas la palabra «revolucionarios» aplicada a los grupos armados:

«En la Argentina –además de los caídos en acciones, muertos de guerra reconocidos como legítimos por uno y otro bando– hubo policías sin especial identificación muertos a mansalva, hubo militares asesinados solo por ser militares, dirigentes obreros y políticos exterminados por grupos armados ‘revolucionarios’ que reivindicaban su derecho a privar de la vida a otros seres en función de la ‘justeza’ de la lucha que desarrollaban»

Las comillas que connotaban a «revolucionarios» eran fuertes, porque indicaban que esa palabra, por la que tantos habían muerto y matado, había servido como refugio ideológico y justificación de todos los errores. Y el texto continuaba:

«En la Argentina, la bandera de la muerte se agita a cada paso. Pero los muertos no pueden guiar la acción política de los pueblos. La contabilidad luctuosa, a pesar del desgarramiento, debe dejar lugar al reconocimiento, por sobre los cadáveres, de las razones que los produjeron»

La cita anticipa los debates de la transición democrática. Desde el exilio, Toto se adelantaba a ellos. Y quienes estábamos en Argentina reconocíamos un interlocutor, que Toto también reconocía entonces cuando en el número 4 de *Controversia* discutió con quienes pensaban que en la Argentina no había quedado nadie que mereciera este nombre. Siempre lejos de una visión elitista, siempre lejos del aristocratismo de creerse miembro de un pequeño grupo de únicos e iluminados, Toto enviaba desde su exilio una señal de reconocimiento.

En primer lugar, planteó la discusión cuantitativa:

«Sería difícil enumerar 500.000 exiliados, como algunos dicen, cuando en México, generosamente, sumamos 3.000 y en los otros países –salvo España donde sumarían algunas decenas de miles– las cifras son inferiores a la mexicana. Los números, en este caso, tienen valor cualitativo. La Argentina quedó allá, no está afuera. Ahora vendrán, otra vez, los que sostienen que hablar en esos términos significa ‘hacerle el juego’ a la dictadura militar argentina. Todo lo contrario. El ‘terrorismo de estado’ al que hay que poner fin no sufre con los análisis fantasiosos. Combatido en la Argentina de adentro,

las actividades del exterior que no tienen en cuenta las condiciones concretas en que se realiza la acción posible en el territorio nacional, perturban en vez de ayudarla»

En segundo lugar, este reconocimiento explícito, que polemizaba con las posiciones autocentradas de algunos exiliados, fue para los que estábamos en «la Argentina de adentro» el puente que Schmucler le tendió a un diálogo que dio comienzo por lo menos tres años antes del fin de la dictadura.

La lección

Naturalmente, Toto era un igualitarista: pensaba que, si en México, algunos de los exiliados estaban revisando el pasado, habría sido un acto de soberbia afirmar que, en la Argentina, quienes habían sobrevivido se habían convertido en cadáveres intelectuales, que (como dijo alguien) arriesgaban su vida al permanecer en el país y la arriesgaban en vano. El retorno de los exiliados a una Argentina donde ya sabían que tenían sus interlocutores le dio la razón a Toto y no a la soberbia. Y junto con él, le dio la razón a sus amigos que habían hecho posible la revista *Controversia* que publicó lo que más arriba quedó citado.⁶

Toto fue de los primeros que se preguntó sobre los errores cometidos y sobre nuestra responsabilidad en esos errores. Además de su inteligencia, en el diálogo que mantuvo con sus compañeros de exilio y con nosotros, una vez más demostró la densidad ética de su pensamiento.⁷

Sobre esa dimensión ética no cabían dudas. Era evidente en ese trato llano que Toto tenía con todos y que suscitaba la confianza. Su antielitismo fortalecía esa dimensión ética, convirtiéndola no en un código para iguales sino en una práctica que no presuponía excluidos. Daba y

⁶ *Controversia* se publicó entre 1979 y 1981. En el primer número aparece como director Jorge Tula, rodeado por un Consejo de Redacción: José Aricó, Sergio Bufano, Rubén Caletti, Nicolás Casullo, Ricardo Nudelman, Juan Carlos Portantiero, Héctor Schmucler, Oscar Terán. Más tarde se incorporó Carlos Ábalo. Hay edición facsimilar: *Controversia*, Buenos Aires, Argentina: Ejercitar la memoria editores, 2009.

⁷ «De este modo, sus escritos constituyen un arco extendido desde 1979 a 2005, portador de un notable y enriquecido decir veraz, ejercido a través de un doloroso y exhaustivo trabajo de memoria», en Vázquez Villanueva, G., cit. p. 167.

tomaba sin suspicacias ni psicológicas ni morales. Toto no era ingenuo, pero no usaba las estrategias protectoras del desconfiado. Lo vi enojarse por alguna pequeña tramoya que se armara, pero el enojo duraba poco. Creo que olvidaba la tramoya y al tramoyista.

Ese es el hombre de las fotos que estoy mirando. Fueron tomadas en la fiesta con que se celebraron sus ochenta años, organizada por su nieta en la parrilla de un hotelcordobés, cercano a la casa de Toto en Río Ceballos. Nadie faltó a esa fiesta, que comenzó a mediodía y duró hasta el atardecer. Todavía lo veo, de lejos, en medio del salón, a Oscar del Barco. Cuando lo vi, pensé que no estaban Pancho Aricó y Nicolás Casullo, grandes amigos de Toto. Ninguna fiesta puede ser completa. La muerte ya los había mordido con su saña incongruente. Pero, como dije antes, estaban los «nuevos», como Cristian Ferrer. La hospitalidad afectiva tenía un lugar para todo el mundo. Muchos, más encerrados en nuestras simpatías y antipatías, a veces pensábamos que exageraba. Nos costaba aprender la lección del Toto.